

Entrada desde la Perspectiva de la Fe

Recuerde el alma dormida...

La hermosa, colosal y al mismo tiempo sutilísima aventura de un Dios creando un ser limitado ante cuya puerta Él, el todopoderoso, tiene que detenerse a llamar; y esperar respetuosa y ansiosamente a ver si la libertad de éste le invita o no a entrar y le ofrece o no su amistad. Un Dios que ha hecho un universo incompleto para poder tener frente a sí una libertad humana decisiva, no puede amar un mundo de robots, un mundo-máquina, desprovisto de personalidad y libertad, porque el amor, personaliza, libera y responsabiliza.

En el pasaje de las tentaciones de Jesús en el desierto, el simple hecho de que la tentación sea posible significa, que Dios corre el riesgo de los hombres hasta el fondo, y que no nos es dado concebir una intervención salvadora de Dios que elimine el riesgo de la libertad y la responsabilidad humanas.

El triunfo de Dios no podrá consistir más que en la consagración de la libertad del hombre, hasta la libre respuesta de éste.

Y esta libertad, como libertad liberada, no radica tanto en la posibilidad de poder decir que sí o no, sino en el hecho de que su sí no esté condicionado absolutamente por nada distinto del amor.

Somos nuestra libertad, o si se prefiere, mi ser resulta de lo que mi libertad ha decidido, lo que equivale a decir que es la historia de mis decisiones la que expresa lo más hondo de mi persona, y la que permite a otros conocer ese fondo.

Sin embargo, "Lo que realizo no lo entiendo, porque no hago lo que quiero, sino que hago lo que detesto. El deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo. No hago el bien que quiero, sino que practico el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo ejecuta, sino el pecado que habita en mí. En mi interior me agrada la Ley de Dios, en mis miembros descubro otra ley que lucha con la ley de la razón y me hace prisionero de la ley del pecado que habita en mis miembros" (Carta a los Romanos cap 7, 15-16, 18-20, 22-23).



La conciencia de pecado es sana y necesaria en cuanto debe recordarnos y adaptarnos a la idea de que nuestra creación es siempre mezcla del amor con el egoísmo y el pecado. Cada uno de nuestros actos lleva las dos semillas: la de la cizaña y la del trigo. Si la culpa nos infunde un miedo tal que nos hace pretender instalarnos fuera de la historia, en la neutralidad y quietud de lo intemporal, el pecado es, tal como lo refiere San Pablo en su carta a los Romanos, la raíz de nuestra esclavitud, de nuestro rechazo a la condición de co-creadores con Dios. Y así el miedo al pecado, se nos convierte en angustia, falta de fe y, lo que es más terrible, en pecado revestido de falsa religiosidad.

Si olvidamos nuestra responsabilidad de crear un mundo que ha sido parcialmente puesto en nuestras manos artesanales y preferimos llevar una cuenta de nuestros méritos ante Dios, por más que cumplamos todos los preceptos de todos los decálogos, estaremos pecando. Porque no hemos sido creados para eso, estaríamos fallando a la intención creadora de Dios sobre nosotros. Entre estos dos extremos, la obsesión de la culpa por un lado y la apatía que lleva a dejar las cosas como están, por el otro, está el espacio en el que Dios quiere al hombre.

Ningún hombre puede ser tan pecador como para que el mal le resulte una tentación en sí mismo. En general nuestras respuestas son formas acostumbradas, pobres, fáciles o desesperadas, que tomamos, engañándonos a nosotros mismos, como realizaciones del bien y que pueden resultar las aberraciones más grandes y monstruosas de la conducta humana.

En definitiva, el ser humano tiene dos alternativas:

- a) centrarse en sí mismo, que es lo que Pablo denomina "dejarse llevar por los deseos de la carne" (Gal 5, 19-21), es decir la fragilidad humana, cuyo camino comienza con la codicia de riquezas, sigue en la búsqueda del honor y es coronado con la soberbia (EE 142), que es cuando el hombre devora al hombre.
- b) o bien la donación de sí mismo, de donde surgen los frutos del Espíritu: "amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Gal 5,22), cuyos hitos son la pobreza, el menosprecio de sí y la humildad (EE 146).

Nuestra realidad pecadora tiene un aspecto muy positivo, que ha sido resaltado con toda claridad en los Evangelios: la Redención que ha tenido lugar en Cristo para toda la humanidad.

"¡Soy un pecador!, ¿Quién me librá de esta condición? ¡Gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro!" (Rom 7,25).

•Para profundizar. Recursos. Anexo Dos. "San Juan Bautista, un hombre en crisis". Anexo Tres. "Crecer en la desilusión".